

## La búsqueda del yo y la sombra paterna

### *Correr la tierra*

CATALINA NAVAS

Planeta, Bogotá, 2019, 114 pp.

LAS PREGUNTAS existenciales de Paulina, la protagonista de *Correr la tierra*, tienen la suficiente sensibilidad para representar las perplejidades que habitan en la mente de muchos jóvenes. Comenzando su tercera década de vida, la chica siente la necesidad de entender las razones por las cuales su padre la abandonó. Para ello una buena metáfora: la necesidad ontológica de pesquisar su nombre. La novela comienza por ahí:

Descubrí que no tenía nombre el día que cumplí veintiún años. No se trataba de que no tuviera un nombre o un apellido, eso hubiera sido trivial, sino de que el nombre que mis papás me habían dado llevaba una carga de la que tenía que deshacerme lo más pronto posible. (p. 11)

El intimismo que acompaña la narración de Paulina es conmovedor y sobrio. A medida que pasamos las páginas conocemos las dudas que han acompañado a la joven, la relación lejana con sus parientes paternos, la ausencia notable de su progenitor. Y todo esto sin caer en dramatismos, filípicas, o los más tediosos anecdóticos. La fórmula –dicho sea de paso– que facilita la atención de lectores que buscan en la primera persona un confesionario, y que ciertos escritores aprovechan para generar ingresos.

La novela de Catalina Navas es de prosa ágil y sencilla. En poco tiempo, uno como lector se siente cercano a su personaje: la sinceridad con la que cuenta su búsqueda genera empatía. Es una novela honesta en sus aspiraciones: no hay manierismos –salvo un lunar del que más adelante hablaré–, ni el apremio de encontrar en el lector un sujeto de persuasión. Su agrado es natural, aunque eso suene paradójico: pues todo en la literatura es artificial, en tanto que es elaborado y corregido. Su personaje es. Digámoslo así: le basta con ser.

Se hace difícil no recordar a María Luisa Bombal, escritora relegada y con una influencia notable en el escritor latinoamericano más lacónico: Rulfo.

El laconismo de Bombal y el de Navas tienen la capacidad de sacudir al lector por efecto de su potencia sentimental. La diferencia, no sobra decirlo, está en la prosa: la de la chilena, pulida en su lirismo, de sigilosa eufonía; la de la colombiana es más concentrada en sus preguntas, en esos interrogantes con los que exige a su padre las explicaciones que la resignación y la tristeza le impiden a él ofrecer:

En presencia de mi padre seguía siendo una niña en busca de historias que me condujeran a un lugar de calma, un lugar en la infancia que me hacía caer dormida. Por eso lo seguía a los rincones polvorientos de las iglesias y lo oía decir obviedades; por eso guardaba silencio mientras él hacía largos inventarios de joyas usadas o relojes de correas de cuero deslucidas. Lo seguía por la ciudad y por los objetos usados. Lo seguía a la espera de que él entregara la única historia en la que yo todavía creía, la historia de mi vida que comenzaba con un nombre bien puesto. (p. 76)

Todo parece indicar que Alfonso Uscátegui, padre de Paulina, no se pudo reponer después del divorcio con Elena. A diferencia de ella, de independencia y pujanza, este vive resignado: trabaja en un oficio sin prestigio social. Su aspecto físico no luce bien, su precaria salud complementa la imagen. Su antigua esposa –de la cual no sabemos mucho– se limita a recordarlo como un hombre romántico. En un diálogo en que la hija lo interpela se resume todo:

Volver a verte era muy duro para mí. Con el paso de los años te ibas pareciendo más y más a Elena y verte era terrible. Te llevaba de paseo y me acordaba de la vida que había tenido con ustedes y era muy doloroso para mí. No puedes juzgarme por algo que hice por mi bienestar. (p. 40)

Nada es perfecto. Y *Correr la tierra* tiene un desacierto: la pretensión de crear una doble perspectiva del ausente. El intento –no lo niego– es propositivo: una serie de cartas que acompañan la narración en principio y que, de un momento a otro, desaparecen.

La aspiración de atenuar la ausencia de Alfonso es errada. No como

historia, sino como composición estética. Me explico mejor: las razones que intentan deslindar el abandono se entienden, pero como literatura se hacen flacas. Le estorban a la narración, puesto que no aportan a la estructura narrativa de la heroína, ni del argumento.

Hay una voluntad ética, como si fuera imperativo conocer las excusas del padre; un acento moral que resulta ruidoso si tenemos en cuenta el momento en que Paulina habla con su amiga Verónica de *Lolita* y lo que responde cuando escucha sus comentarios negativos:

–No puedo creer que la historia de un viejo violador pueda ser una gran novela. Me repugna esa narración barroca y edulcorada de un crimen. Horrible. No puedo disfrutar, ni siquiera en un plano meramente estético, de la historia de un criminal que cuenta cómo secuestró y violó a una niña durante más de un año.

–Oye, pero es una novela. Ficción. (pp. 55-56)

A Navas se le olvidó pensar su fabulación de la misma manera en que Paulina contempla la novela de Nabokov. La intención de darle una doble perspectiva al –digamos entre comillas– “victimario” no es mala per se: es su tratamiento lo desatinado. Se pudo ingeniar otras formas, y darle más profundidad a Alfonso, más agudeza, más contrastes. Pero es evidente que ese no era el propósito: la protagonista es la chica. Y entonces, se hace evidente el bache. En pocas palabras: la buena elaboración de Paulina como personaje se contrapone a la de Alfonso.

A la escritora le hizo falta ese egoísmo del artista que en la vida estorba tanto, pero que en el arte es imprescindible. Pues la obra constituye un todo –una esclavitud, una sumisión, una servidumbre– que supera cualquier clase de obstáculo, ya sea moral, ético, monetario, etc.

A pesar de ese defecto, *Correr la tierra* es una novela con cualidades suficientes para lograr una representación colectiva. Y generar una reflexiva lectura.

**Jaír Villano**